poner las primeras piedras se halló presente el scriptor de esta relacion y el que ordenó se escribiese. Y dos años despues, por el mes de Setiembre, se hizo el oratorio de casa de novicios.»

Cuando el incendio de la plaza Mayor de Madrid, á fines del siglo pasado, los roperos de la plaza Mayor hallaron franca acogida en la casa contigua de San Felipe Neri: allí depositaron casi todo lo que pudieron salvar, y por espacio de muchos dias ellos y sus familias fueron alimentados y algunos albergados en el edificio mismo.

Así me lo refirió un testigo ocular: pero ¿á qué citar hechos de este género, si de ellos pudiera citar más de uno la crónica de cualquier convento?

CAPITULO XII.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.—ORGANIZACION DE LA SOPA AL ESTILO MODERNO.

—¿Qué son *las hermanitas de los pobres?*

—Son los instrumentos de la caridad cristiana para la organizacion de la sopa doméstica al estilo moderno.

En el capítulo primero de este libro, pág. 6, se probó que nadie tiene derechó á destruir lo que le sobra cuando sus hermanos hambrientos carecen hasta de lo mas preciso. Que en este concepto el que da á la puerta de su casa lo que sobra en su mesa ó en su cocina, cumple con un deber de derecho natural, ó por lo ménos derivado de la equidad natural, y hace en pequeño á la puerta de su casa lo que el fraile á la puerta de su convento; no siendo, por tanto, justo el quitar á los frailes el hacer á la puerta de su convento lo que hace cualquiera á la puerta de su casa.

que por esto se hubiesen modificado las costumbres de los que la componian y que seguia presidiendo Fanchon.

«Juana hilaba; María Agustina y María Teresa cosian y planchaban, interrumpiendo sus trabajos para cuidar de las dos ancianas y cumplir con ellas todos los deberes de piadosas hijas para con sus madres, aliviando sus padecimientos, ilustrando su fe, animando, sosteniendo é inflamando su piedad.

«El vicario, que ya podemos llamar fundador y padre, auxiliaba en cuanto podia á la pequeña comunidad, y con el auxilio de Dios no les faltaba lo necesario. Mas esto no bastaba, y era necesario ensancharse. Se habia unido á las tres primeras una nueva servidora de los pobres, María José, que enferma y casi á punto de morir, quiso, á la manera de los antiguos tiempos, morir consagrada á Dios y entre los criados de los pobres. Se hizo trasladar á la buhardilla, y curó. Entregó á Dios aquella vida que le habia ofrecido y le habia sido devuelta, y se consagró al servicio de los enfermos y de los ancianos.

«No podia, sin embargo, reducirse al alivio de dos viejos todo el fruto que para la gloria de Dios debia sacar la Iglesia de la abnegacion de aquellas generosas doncellas.

«Permanecieron en la buhardilla diez meses, que vino á ser su tiempo de prueba, y, por decirlo así, su noviciado. Tal vez se habia aguardado que esta abnegacion excitase luego un generoso concurso y atrajese socorros bastantes para extender la obra y abrir un asilo á mayor número de ancianos, ó acaso no se habia pensado en llevar mas adelante los comienzos que acabamos de reseñar. Lo cierto es que si se habia esperado un auxilio humano, se resolvió prescindir de él, y que si los primeros deseos se habian limitado al bello y consolador espectáculo de lo que su vivienda ofrecia, se aspiró luego á más.

«Quien se da á Dios, es necesario que se dé por entero: el sacrificio tiene atractivos á que no pueden sustraerse las almas que ya los han gustado; sino que procuran llegar hasta el término, haciendo cuanto bien depende de ellas, y dejando que los demas contribuyan, si les parece bien, á las obras que Dios les ha indicado una vez.

«En el consejo de la pobre vivienda se resolvió, pues, el procurar mayor extension y encaminar al provecho de mayor número de ancianos los beneficios que se trataba de dispensarles. Mas cuando hablamos de consejos, debemos explicarnos, pues no se ha de creer que fuesen muy frecuentes en aquella morada las deliberaciones. El padre encargaba á sus hijas que orasen, oraba él tambien, y cuando creía haber reconocido

la voluntad de Dios, la indicaba á sus hijas dejándoles el mérito de la obediencia: la obediencia, virtud de maravilloso precio, de incalculable empuje, que brilla en las obras de la Iglesia, las sostiene y las anima y las da fuerza y victoria. Se persuadió á Fanchon, única persona de la pequeña comunidad de algun crédito en la poblacion, que sacrificase el aposentito á que acaso tenia bastante aficion, para alquilar un piso bajo, húmedo é incómodo, que habia servido mucho tiempo de taberna. Cabian en él doce camas, que no tardaron en ser colocadas y ocupadas. Las cuatro sirvientas de los pobres, á pesar del auxilio de su buena amiga la vieja Fanchon, no tenian poco que hacer con sus pensionistas. No era ya posible el ganarse trabajando su propia subsistencia y la de sus huéspedes, pues bastante ocupacion les daba el servir á sus muy queridos pobres, como exigian su edad y sus enfermedades.

«Cuidaban de sus llagas, limpiaban las inmundicias, hacian levantar y volver á la cama á sus viejas, instruyéndolas ademas y consolándolas, con lo cual les era imposible acudir á sus demas atenciones. La administracion de beneficencia continuaba pasando á las viejas, que la caridad habia reunido, los mismos auxilios que ántes, es decir, que les daba pan y les prestaba ropa, y

para satisfacer las demas necesidades (que en verdad no faltaban) las mujeres que podian andar continuaban su antigua industria, saliendo todos los dias para mendigar. Las Hermanas preparaban la comida y comian tambien de este pan de la mendicidad, y de esta manera con los auxilios imprevistos é imposibles de prever, que de cuando en cuando allegaban, se llegó al fin á reunir lo mas indispensable.

«No bastaba, sin embargo, vivir de este pan mendigado, pues Dios exigia un nuevo sacrificio y una última humillacion; la mendiguez de las mujeres viejas tenia el inconveniente de ponerlas siempre de nuevo en el peligro de renovar sus malas costumbres y de ofrecerles la ocasion de emborracharse, que era en realidad el vicio dominante de estas desgraciadas. Las Hermanas, que atendian sobre todo á la salvacion de sus pobres, quisieron alejarlas de esta tentacion y ahorrarles la humillacion de la mendiguez, á pesar de que la mayor parte habian envejecido en ella y no les pareciese ignominiosa. El padre propuso á sus hijas que no fuesen tansolo las servidoras de los pobres, sino que se convirtiesen tambien en mendigas por amor suyo, y para la mayor gloria de Dios. Apénas se indicó el sacrificio fué aceptado; y, sin escrúpulo ni vacilacion, las Hermanas se hicieron mendigas. Juana fué la

Pero la sopa doméstica repartida de este modo por los particulares, tenia inconvenientes. A veces uno recoge el sobrante de tres ó cuatro casas, y otro no encuentra un bocado de pan. No siempre sobra comida, y el pobre no tiene seguridad de encontrarla. Tiene por lo comun que comerla fria. Hay pobres verdaderos que se hallan imposibilitados de ir á buscarla. Pues bien: las hermanitas de los pobres se encargan de remediar todos estos inconvenientes. Recogen por las casas, por las fondas y establecimientos públicos la comida sobrante, la separan con esmero y con grande aliño, la calientan, la reparten á los ancianos acogidos, á la hora conveniente y en la cantidad suficiente, y luego que han comido los pobres, comen ellas de lo que ha sobrado... y si ha sobrado. Es hasta donde puede llegar la abnegacion.

Oid ahora el orígen de esta institucion tal cual se narra en el cuadernito recientemente impreso en Madrid.[1] Leedlo á vuestras familias; no les proporcionaréis un folletin mas ameno, útil y edificante.

«La obra de las Hermanitas de los pobres comenzó en San Servando. Es esta una reducida poblacion de Bretaña situada en la orilla del océa-

1 «Historia de las Hermanitas de los pobres.» Madrid: imprenta de Tejado, 1867.

no y separada de San Malo por un brazo de agua que se seca dos veces al dia. Los habitantes de las costas ejercen su industria en el mar, á cuyos furores se atribuye el gran número de ancianas viudas y desvalidas que se encuentran en la Bretaña, y que, sin otro recurso que la mendicidad, participan de todos los vicios que la acompañan.

«Muchas de ellas recuerdan los pobres de que hablaba ya á San Francisco de Sales la buena Ana Jaquelina Costa: «Reciben limosna sin saber que se la da Dios; viven en una deplorable vagancia y frecuentan las puertas de las iglesias sin entrar jamás en ellas y sin conocer los misterios que dentro se celebran; se entregan á todos los vicios, y viven y mueren en una inaudita ignorancia de las cosas relativas á la salvacion.» El cuidado de estas pobres almas, que decidia á la buena tornera del primer monasterio de la Visitacion de Annecy á dirigir dichas palabras al bienaventurado Obispo de Ginebra, y á indicarle las medidas que debia tomar para el bien de esta numerosa porcion de su rebaño; el cuidado de estas pobres almas abandonadas, ciegas, alejadas de Dios y en un estado de miseria religiosa cien veces más lamentable que la miseria física, que alivian á lo ménos las limosnas; este cuidado aquejaba, hace unos doce años, á un Vicario de la parroquia de San Servando.

«No nos es permitido penetrar en el interior de la vida de este eclesiástico; pero nos bastará decir que era ya una vida dedicada á Dios y á los santos ejercicios de la caridad, una vida de abnegacion, cuyo celo no se enfriaba por obstáculo alguno. El abandono de las almas que movian su compasion era completo, pues San Servando no poseía hospicios tales como existen en otras poblaciones, gobernados por nuestras administraciones civiles, donde los ancianos reciben un asilo y donde se debe creer que reciben tambien los auxilios espirituales de que necesitan.

«El pobre Vicario no disponia de ninguno de los medios indispensables para levantar semejante establecimiento; mas podia comunicar á ciertas almas la compasion de que estaba poseido.

«La Providencia se encargó de designarle aquellas á las cuales debia dirigirse. Una jóven de la parroquia, que no salia hablarle, se halló un dia al pié de su confesonario, sin que haya jamas podido explicar por qué y cómo habia llegado allí. El eclesiástico reconoció inmediatamente una alma propia para la empresa que meditaba. Por su parte, oyendo los consejos del sacerdote, al cual habia sido conducida como sin querer, la jóven sintió aquel estado de paz y de consuelo que Dios da á las almas sometidas á la direccion que les impone. Abrigaba desde mucho tiempo el deseo

de ser religiosa: siendo una pobre jornalera, no contaba con otros medios de existencia que el trabajo de sus manos. El eclesiástico la confirmó en sus intenciones, vislumbrando ya el dia en que podria realizar su deseo de aliviar á los pobres viejos.

«No tardó en notar, entre las almas que dirigia, otra jóven, húerfana y de la misma condicion que la primera. Las incitó á que se uniesen, y sin comunicarles todavía su proyecto, les aseguró que Dios las queria entrambas enteramente para sí y que debian servirle en la vocacion religiosa. Las alentó para que se preparasen para semejante honor, y que tratasen de vencer en sí mismas todas las inclinaciones de la naturaleza. Las dos niñas (bien se las puede dar este nombre, pues la mayor no tenia diez y ocho años y la segunda apénas llegaba á los diez y seis) pusieron generosamente manos á la obra. El vicario les habia dicho que servirian á Dios en la misma comunidad, y ellas sin inquirir más, lo creían. Habia tambien dicho á la mas jóven que mirase á la mayor como superior y madre. Trabajaban cada una por su lado durante toda la semana, y se reunian el domingo.

«Antes que el eclesiástico les hubiese encargado que se hiciesen amigas, ni siquiera se conocian; pero desde aquel momento se hallaron ligadas por un vínculo poderoso y amable, tal co-

mo la Providencia los crea entre las almas que le pertenecen, y de cuya dulzura y fuerza no bastan á dar idea las frívolas amistades de los mundanos.

«Cada domingo, despues de la misa parroquial, evitando las distracciones y la compañía de otras personas, iban las dos niñas á la orilla del mar. Habian escogido el hueco de una roca, donde se abrigaban y pasaban las primeras horas de la tarde en conversar de Dios, y de las infracciones que podian haber cometido contra un pequeño reglamento de vida que les habia dado el vicario, acostumbrándose de esta suerte y con toda sencillez al ejercicio de la vida religiosa, que se llama conferencia espiritual.

«Ocupábanse en su regla y trataban de penetrar su espíritu, mas habia una frase que les estorbaba: «Nos complacerémos especialmente, decia el reglamento, en portarnos bondadosamente con los pobres ancianos achacosos y débiles, á los cuales no negarémos nuestros cuidados; se entiende cuando se presente ocasion oportuna, pues de ninguna manera debemos meternos en lo que no nos atañe.» Pesaban todas estas palabras sin que nada les diese á comprender el proyecto del que podian ya llamar su padre. Portábase éste con ellas como San Francisco de Sales con Santa Chantal, hablándoles de su vocacion, proponiéndoles ciertas comunidades, cambiando luego de parecer, incitándolas á dar pasos donde sabia que hallarian negativas, y ejercitando por fin su paciencia y doblegando su espíritu por todos los medios posibles, casi durante dos años.

«Hácia los últimos meses de este tiempo de prueba, se habia franqueado un poco más con ellas y les habia recomendado que cuidasen de una vecina suya, vieja y ciega. Las jóvenes obedecieron y emplearon todos los ratos de que podian disponer en favor de esta pobre enferma; la aliviaban segun sus escasos medios, disponiendo en favor de ella de sus economías, arreglando su casa, acompañándola el domingo á la misa, dispensándole, en fin, todos los oficios que podia inspirar la caridad. Entretanto la Providencia dispuso las cosas de suerte que se pudiese proceder á un comienzo de la obra de que no se tenia hasta entónces más que un tan débil bosquejo, poniendo en el camino de las dos jóvenes una mujer que habia servido de criada, cuyo nombre conoce hoy toda la Francia.

«Juana Jugan, que adoptó ardientemente los proyectos que le comunicaron, tenia 48 años; poseía como unos seiscientos francos, y por medio del trabajo se proporcionaba lo que le faltaba para atender á sus necesidades, que aligeraba viviendo con otra piadosa doncella mucho mas

entrada en años. En los designios de la Providencia parece que Fanchon [1] Aubert estaba destinada á representar el papel de primera bienhechora de la Congregacion; pero como todo era humilde en estos comienzos, la bienhechora no era rica. Contaba cerca de sesenta años, tenia algunos fondos, un pequeño mueblaje adecuado á la mas modesta condicion, y abundante avío; lo dió todo, y se puede decir que se dió á sí misma. Se sujetó á los trabajos y á las privaciones de las Hermanas, vivió con ellas, no las abandonó jamas, y murió en sus brazos.

«Se le habia propuesto que se ligase con votos á sus compañeras, pero se creyó demasiado vieja, y quiso continuar siendo con ellas lo que habia sido desde los primeros dias. En la buhardilla que ocupaba con Juana habia recibido gustosa á María Teresa, que era huérfana, y que por razon de sus circunstancias debia buscar un asilo. María Agustina iba á pasar al lado de su amiga todo el tiempo que le era posible.

«No se habian manifestado á Fanchon los proyectos que se meditaban, ni tampoco se queria publicar que iba á fundarse un nuevo Instituto, lo que casi ignoraban tambien las mismas tres Hermanas.

1 Diminutivo familiar del nombre Françoise, que corresponde á nuestra Frasquita ó Paca.

«Su padre les habia encargado que se abandonasen completamente á la Providencia, que todo lo pusiesen en sus manos y que se esforzasen únicamente en amar á Dios, en servirle con toda su alma y en consagrarse á la salvacion y al alivio del prójimo, y en especial de los ancianos. Las Hermanas cumplian alegremente lo que se les mandaba, despues de haber suplicado á Dios que bendijese su empresa y mirase con misericordia su ensayo de vida comun. Además, María Teresa no se habia establecido en el chiribitil sin compañía, pues habia llevado consigo á Nuestro Señor, presente y vivo en la persona de sus pobres. Fanchon, prudente y reservada hasta un grado maravilloso, y que sin querer penetrar los designios de sus compañeras se hacia partícipe de su generosidad; Fanchon, que era una viejecita limpia y arreglada, y hasta entónces muy apegada á sus hábitos, consintió en hospedar á la pobre ciega de ochenta años, que algunos meses habia estado cuidando.

«El dia de Santa Teresa de 1840, María Agustina y María Teresa condujeron en sus brazos á esta querida enferma, con la cual entró en su nueva habitacion la bendicion de Dios. Dado el primer paso y quedando todavía un rincon en la vivienda, introdujeron muy pronto á una nueva anciana. Quedó entónces completada la familia, sin